

los buenos que perseguirlos y ofendellos; de manera, dice este santo, que cuando injuriare el malo al bueno, no tiene de qué engreirse, y por el contrario, digamos que tiene el bueno mucho de que alegrarse; y así, dice el mismo doctor, continuando lo que sobre el salmo dice: Ojalá se convirtiesen y fuesen con nosotros perseguidos y ejercitados; ¿Qué decís, santo doctor? ¿Por qué de seáis persecuciones á los malos después de convertidos? Porque me hallo yo tan bien con ellas y conozco que son de tanto provecho, que la caridad, que me obliga á desear su conversión, me obliga también á desearles persecuciones.

David dice de sus enemigos que le cercaron como abejas y echaban fuego como fuego de espinas. Son dos comparaciones que lo declaran todo: lo primero como abejas; dejemos el mal que ellos reciben, que aquí se significa por el de la abeja que, aunque pica, deja el aguijón y luego muere; no tratamos sino del bien del injuriado, quiere decir David que, así como las abejas lo andan y trabajan, rodean y cercan el corcho de la colmena, hincen las casillas de miel suavísima y cera; así á los enemigos, si los dejamos y no los irritamos, hincen nuestra alma y sus casillas, que son sus potencias, de suavísimos licores para Dios y para nosotros; y esotro que dice que como fuego de espinas, es que para que la tierra dé fruto, si tiene espinas, es necesario quemarlas, y así se pone fecunda para fructificar; así los que tienen pecados, que son las espinas del alma, quemándolas con las injurias y persecuciones de los malos, queda el alma dispuesta para fructificar y llevar admirables frutos; lo cual también se da á entender en las palabras que Cristo dijo, que amásemos á los enemigos para que fuésemos hijos de Dios; porque esta diferencia hay del hijo del pastor al hijo del rey, que el del pastor, en sabiéndose tener en pié, luego le envían al campo con el ganado, libre y suelto, sin encaminarle mas en lo que debe hacer sino lo que él quisiere; pero al hijo del rey luego le dan su ayo y maestro, y todos son para lo enseñalle crianza y para que le repriman la mala palabra y el mal deseo; así los que son hijos de Satanás luego los envía entre los puercos, con su libertad, como envió al hijo pródigo; pero al hijo de Dios da el mismo Dios luego sus ayos, no uno, sino mil; que al rey y señor y al rico, uno le cuesta sus dineros, pero aquí tienes todos los enemigos que te persiguen por ayos, que no te dejan desmandar, miden las palabras, recátaste en el andar, en el comer y hablar, sin que te cuesten un maravedí tantos ayos dados de la mano de Dios. Lo mismo entenderá quien quiera por otra comparación: cuando un entallador labra de espacio una imagen, puede, aunque vaya poco á poco, labrar sin cuidado, porque al cabo de muchos días halla la imagen como la dejó; pero un jardinero no se puede descuidar tanto, que, aun después de hecha la imagen, tiene necesidad de traer siempre por cima la tiserá, porque si forma un san Jorge de arayan, de allí á dos días le halla la cara cubierta de lo que retoñece, y el caballo no sabeis si es caballo, porque de dentro le sale la yerba que lo disfigura. Los perseguidores no sirven sino de tenernos siempre hermosos y perfecta la imagen que Dios forma en nosotros; porque, como nuestras malas inclinaciones salen siem-

pre demasias de pensamientos, de antojos, de palabras, de excesos, de risas y de otras cosas, tiénelos el soberano Hortelano por tiseras para ir cortando las superfluidades que la cubren y afean en los ojos de Dios; sino que el poco cuidado y menos estimación que tenemos de andar siempre limpios delante de su presencia divina, nos hace tenella poca de quien tanto bien nos hace. Plutarco decía que era necesario tener cerca algun gran enemigo para que fuese juez de nuestras obras, porque nuestro amor propio no nos deja ser buenos. Diógenes decía lo mismo, que para vivir uno virtuosamente tenia necesidad de fieles amigos (que no los hay cuales son menester) ó de crueles enemigos. Este consejo seguía Filipo, rey de Macedonia, padre de Alejandro, cuando decía que se holgaba de tener ofendidos á los atenienses, porque de su maldecir entendia sus faltas; y procuraba sacallos mentirosos. Y á la verdad, así como el amor propio ciega al hombre para no ver sus faltas, así es probable que cegara á su amigo, aunque sea fiel y verdadero, pues le ama como él se ama; de manera que, aunque el fiel amigo es bueno para decir al amigo las faltas, pero no para conoçellas; pero el enemigo dícelas y conócelas con agudeza; y por eso decía David: Mas que mis enemigos me heciste prudente, que es gran ponderación, diciendo allí que entendia mas que los que le enseñaban y que aun mas que los viejos, que los unos las letras, á los otros la experiencia hace sapientísimos; y dice que le hizo Dios mas prudente y agudo que á sus enemigos, porque no hay gente mas aguda ni de mas delgada vista que ellos en las faltas de sus enemigos; y esta fué la causa por que el Redentor, para mostrar su inocencia y limpieza de vida, quiso que fuese examinada por sus mortales enemigos en tiempo que mas rabiosa tenían su pasión, que fué cuando les dijo: ¿Quién de vosotros me podrá vencer de algun pecado? Así que, gran provecho tenemos por esta parte de los que nos persiguen y hacen mal, si sabemos servirnos dellos como el que de las viboras y alacranes tenemos para excelentes medicinas. Dejo de decir lo principal, que nos hacen merced con el ejercicio de la paciencia, que esto apenas se conoce hasta que nos entregue Dios el galardón dello. De un ermitaño se lee que tenia otro que le daba mil pesadumbres con cosas que le fatigaban, y á la hora de la muerte le mandó llamar y le tomó las manos y se las besó mil veces con lágrimas, diciendo: Benditas sean manos de que yo tanto bien he recibido, diciéndolo por los trabajos que le habian causado; y lo mismo se lee de un viejo seglar que hizo con un vecino de quien habia recibido muchas persecuciones y pesadumbres, porque á la hora de la muerte se estiman estos bienes, que es el tiempo del conocer las cosas todas cuales son, con desengaño.

Una cosa podemos añadir aquí, y es, que cuando el perdón y sufrimiento de las injurias llega á amar verdaderamente al enemigo (que si es perfecta paciencia, no cree san Gregorio que no llegará, porque si no llega, no lo será), aunque el amar al amigo sea mas meritorio de parte de lo que se ama, porque es bueno, y el enemigo malo; pero de parte de la dificultad y del seguro que hay de que aquel amor es por puro Dios, mas me-

ritorio es el amor del enemigo; lo cual se entenderá por este ejemplo: mas luz y mas calor nos da el sol cuando un patio de una casa está descubierta que no cuando hay toldo, que para eso le ponen el verano, para templar la luz y el sol, porque se detiene el calor en el lienzo, y no deja pasar tanto como pasara sin él; así cuando amas al amigo, como él es capaz de amor, todavía le cabe parte del que tienes, aunque le ames por Dios; pero cuando es igual á este el del enemigo, como no tiene donde parar (pues el enemigo no tiene razón por que sea amado), todo el amor pasa de claro á Dios; esto es, que lo que le cabe al enemigo de amor, todo es por Dios; pero el amigo todavía se ama por sí algo, aunque referido al mismo Dios. Así que, muchos y muy grandes bienes corporales y espirituales se ganan con esta paciencia y perdón de injurias y agravios, demás de la paz interior y exterior con que se vive, y aquellas esperanzas tan vivas, y no cortadas con tristezas ni enojos, de gozar la vida eterna, con el que nos mereció la paz; y la misma gloria, que es el Redentor del mundo, Jesucristo nuestro Señor.

DISCURSO IX.

De las excusas que los vengativos dan de su mal propósito, y de la respuesta dellas.

Viven los mundanos tan rendidos á las leyes de su mundo, y por mejor decir, tan presos y engrillados en sus prisiones, que no me espanto que con las razones de los discursos pasados, por muy fuertes que son, no se hayan convencido. Luego se les ofrece este monstruo espantoso, y á su parecer invencible, del que dirán y el parecerles que su honra, sin la cual no pueden vivir en el mundo, viene á menos muy apriesa, si conforme á las leyes del duelo y de las que el mundo platica no se vengan de sus injurias y daños, porque serán tenidos por cobardes y menos hombres que aquel de quien recibieron la injuria. A lo cual responde el bienaventurado san Gregorio, diciendo: ¿De dónde nos nace esta voz en el corazón en odio de la paciencia, sino porque tenemos el corazón enclavado en las cosas viles, y buscando la gloria y honra en la tierra, tenemos un poco agrandar al que nos ve desde el cielo?

Muchas veces nos tiene Dios avisado que no podemos servir á dos señores, y Santiago lo dice claro: El que quisiere ser amigo deste mundo, por el mismo caso se hace y declara por enemigo de Dios. Pues ¿qué mayor ceguedad puede venir á un hombre que negar á su Dios por el mundo vano? Ya si pudieras cumplir con ambos, bien; pero ya ves aquí que en ninguna manera lo puedes. Pues ¿cómo dejas el sumo bien por una máscara de contento? Dice un profeta: Si supieres y quisieres apartar lo precioso de lo vil, serás como boca mia. Esto es, si escogieres á Dios y negares al mundo, si honreres á Dios y menospreciases al mundo. Pues si tú lo haces al revés, que desprecias y tienes en poco á Dios por obedecer al mundo, ¿qué juicio es el tuyo, ó qué esperas de Dios, si dices, qué dirán? Dígame que la hora que te sujetares á esa bestia del vulgo con tantas cabezas, jamás harás cosa á derechas, ni aun mala, porque el vulgo en todo pone tacha. Pero ¿cuántos yerros

tiene la sabiduría de los hombres, que, como dice san Pablo, es enemiga de Dios. Y esto porque Dios es la verdadera y certísima sabiduría, que no padece falta ni error. ¿Cuánta ignorancia hay en el mundo, y mayormente en juzgar quién es bueno ó malo, digno de honra ó de desprecio? De san Agustín se cita comunmente que muchos cuerpos son honrados y venerados en la tierra, cuyas almas arden en los infiernos: entiende tú por venerados, honrados con sepuleros costosos, con voz de vulgo, con historias y corónicas. Luego el vulgo poco acierta en quién ha de loar y honrar. Ellos se conocerán el día del juicio cuando digan: Nosotros, locos y desatinados, juzgábamos su vida destos por locura, y que habian de acabar sin honra (entienden por los justos), y véislos aquí contados entre los santos hijos de Dios. No es regla la de los ojos del mundo para fiarte della, ni hay otra sino la de Dios; por lo cual decía san Pablo: Quien quisiere honra, búsquela en Dios, que no digo yo el honrado del mundo, sino el que de sí mismo se contenta (que sabe mejor lo que hay dentro de sí que el mundo), no por esto será aprobado y canonizado, sino al que Dios alaba y juzga por bueno, porque su balanza es la que es infalible. En otra parte lo dice san Pablo mas claro, poniendo tres maneras de juicios de los méritos de los hombres, cuando dice: Mirad, yo no estimo en nada que me juzgueis por bueno, ni que el mismo mundo me alabe, que no tiene buenos ojos para conocer, porque ni ve las intenciones, ni aun lo que ve sabe calificar, pero ni aun de mí mismo juicio me fio; porque, aunque no me acusa la conciencia de pecado ninguno, podria ser que á mis ojos, con el amor propio, se me escondiese algun pecadillo si quiera venial; pero el que con sabiduría y rectitud me juzga y me ha de juzgar es el Señor, que penetra con los ojos de su sabiduría mucho mejor mis pensamientos y mi alma que yo, y es el que el día del juicio y desde luego os descubre lo escondido de vuestro corazón, y manifiesta sus consejos. Luego, segun esto, loca razón es el que dirán; y mas dejando á un lado el que dirá Dios. Y pues al mismo Cristo, que era la misma luz, y la misma inocencia, le pusieron en el mundo tachas, ¿qué espera el que las tiene tantas y tan grandes? O ¿de qué sirve que el mundo calle las tuyas ó las alabe, si Dios y tu conciencia te están acusando? Y ¿qué se te da que el mundo te acuse, que tan poco sabe de tí, si Dios te ama y te excusa? Mas ¿qué te ha de dar el mundo, porque le creas y obedezcas, dándote Dios su amor y todos sus bienes, porque olvidas al mundo, y le creas y obedezcas á él: cosa tan acertada y tan debida? Luego ya esta excusa no es bastante. Por ventura dices que eres hombre principal, y que á tus riquezas, dignidades y oficios desdora mucho una injuria; que eres príncipe, perlado, cardenal, obispo. Aquí no tratamos de las injurias y desacatos hechos contra la dignidad, que después quizá se dirá alguna palabra; pero las hechas á la persona, aunque puesta en esas alturas, tanto mas bien parece perdonarlas cuanto mayor es la persona ofendida, porque la ocasión cuando el Redentor trató del perdón dellas, fué preguntado san Pedro cuántas veces. Y cuando responde á todos, puso los ojos en san Pedro, como el Evangelio

dice, y claro está que ninguna dignidad en la tierra puede llegar á la de san Pedro, de donde dependen todas las dignidades. Y así parece que del Papa abajo todos están obligados á perdonar, y tanto mejor cuanto mas dignidad tienen, porque tanto mas están obligados al ejemplo de los menores. ¿Qué dignidad puede haber en la Iglesia mayor que la de los apóstoles? Y á ellos dice el Señor: Bienaventurados sois cuando os aborrecieren los hombres, y cuando os desterraren y maldijeren y os persiguieren, y dijeren de vosotros mal con mentira, por mi nombre. ¿Qué letras, qué dignidad mayor que el apóstol san Pablo? Y él dice que pasaba su predicacion por infamia y buena fama; una vez tenido por verdadero, otra por engañador; san Juan Baptista, alabado de boca del Señor por mas que profeta y otros honradísimos títulos, y padeció lo que el Evangelio nos cuenta, hasta la muerte tan injusta, sin vengarse. Pero ¿qué andamos contando personajes, habiendo el mismo Hijo de Dios padecido lo que padeció sin hablar palabra ni volver por su honra y dignidad, respecto de la cual, ninguna lo es en la tierra. Pues el argumento que sacamos de aquí él mismo lo sacó, diciendo: Si al señor de la casa llamaron Berceón y otras injurias, ¿cuánto mas á los de su familia?

Cuanto mas que, como san Ambrosio dice, dentro de la ley del mundo es mas honra y gentileza perdonar la injuria que vengarla; porque el que tiene en poco la injuria da á entender que nadie le ofendió ni oyó injuria, ni la sintió si la oyó; lo cual es al revés si la quiere vengar, porque se declara por ofendido, que es descubrir su flaqueza, y que el enemigo pudo mas que él, pues le pudo ofender. Y si juntamos con esto lo que Tertuliano dice, que el fruto del que hiere á otro no es otra cosa sino el dolor del herido, y en él se goza y alegra, y eso fué lo que él pretendió; en mostrando el herido no tener dolor quita el gozo á su enemigo y hace que no haya hecho nada; lo cual es al revés cuando, pensando en la venganza se muestra con dolor de la injuria. De esta razon se valió Caton con uno que le pedia perdon, que le habia herido indiscretamente en los baños. Respondió él: Hermano, nunca tú me heriste, que yo me acuerde; con que quedó tan honrado como antes.

§. II.

En que con ejemplos de los romanos se prosigue la materia deste discurso.

Gran ceguedad es para haber de hacer un cristiano una cosa por Dios, mayormente en que se aventura no ofendelle, el andar saneando todas las cosas para que de lo terreno no se pierda nada, siendo la pretension de Dios en todos los mandamientos suyos, aunque mas en unos que en otros, que por su amor y obediencia se pierda algo de lo terreno. De donde nace que los finos siervos de Dios suelen buscar para servirle aquello en que mas se pierde de lo temporal, por agradalle mas y declarar el amor que de servirle tienen en su alma; pero para los mas imperfectos y menos aprovechados se dicen estas razones, para aligeralles esto que ellos tienen por carga. Y para que se entienda cuán engañados viven en pensar que en perdonar y disimular inju-

rias se pierde honra y estimacion aun en el mundo, el mayor argumento es el de los ejemplos de los que mas parece que le sirven. ¿Qué gente hubo en el mundo mas altiva ni amiga de conservar su honra y ganalla de nuevo, poniéndola en perdonar los sugetos y derribar los soberbios, que los romanos, que padecian tan grandes destierros y trabajos y peligros por solo este fin? Pues una de las cosas en que muchos dellos se señalaron fué en perdonar las injurias públicas y disimular las ocultas, y aun muchas de las manifiestas; sobre lo cual tenemos agudísimas y discretísimas sentencias de muchos de ellos, de lo cual se pueden ver los historiadores antiguos y los que tuvieron cuidado de juntallas, como Plutereo y otros; solo pondré algunas aquí por hacer tanto al propósito y ser para confusion de los cristianos. Marco Aurelio dijo un dia que César habia ganado muchos reinos con su gran poder, Octaviano por herencia, Caligula por las victorias de su padre, Nerón por tiranía, Tito por haber vencido la guerra de Judea, Trajano por su propio valor; pero yo (dice) alcancé el imperio por paciencia y sufrimiento, teniendo por mejor sufrir las injurias de los malos con igualdad de ánimo que vencer en guerra los enemigos, ni á los sabios de Atenas en las escuelas; pues la paciencia es mejor que la erudicion y sciencia, porque esta es para enseñar á otros, y la paciencia para enseñarse y vencerse á sí mismo, y domarse y ser mas de provecho para su república.

De Marco Antonino Pio refiere Julio Capitolino que era tan sufrido, que en el Senado oia algunos que le murmuraban y decian mal dél, y se habia él con tanta modestia y sufrimiento, que los mismos enemigos quedaban admirados. Pero, por no ser prolijo, solo diré lo que Suetonio Tranquilo cuenta de César en su *Vida*, que las injurias y villanas palabras que en sus barbas le decian las sufría con paciencia; solo aconsejaba al que se las decia que fuese modesto en el hablar; fácilmente perdonaba á sus enemigos, y á los del imperio recibia alegremente cuando se le pasaban, habiéndosele antes rebelado. Tanta era su paciencia, que se confundia Séneca acordándose della, y se reprehendia, diciendo: ¿Cómo! ¿Que no podré yo hacer en mi casa lo que César hacia en todo el mundo? Él era sufrido y perdonaba sus enemigos, y ¿no perdonaré yo la pereza ó negligencia de mis siervos? Decia César que al niño la edad le excusaba, á la mujer el sexo, al forastero la libertad, al doméstico la familiaridad. ¿Es amigo el que ofende? Y como respondiendo por él, añadía: Ha hecho lo que ha querido. ¿Es enemigo? Hizo como quien es. Y concluía: Pues demos lugar al prudente y perdonemos al loco. Pues si estos y otros muchos, no teniendo otro fin sino la honra y gloria del mundo, tanto disimulaban y sufrían injurias, el cristiano, cuyo oficio es desechar la honra y volver las espaldas al mundo por amor de Dios, ¿qué paciencia y disimulacion conviene que tenga? A lo menos la excusa de la deshonra no es bastante, pues no la tenia César ni los demás emperadores por tal.

Pero aun dentro de la ley del Evangelio, juntamente considerada con la del mundo, si alguna deshonra se incurre, no es en el que perdona, sino en el que ofende y en el que se venga de esa ofensa. Así que, por el ca-

mino que quieres ganar ó defender tu honra, por ese mesmo la desperdicias; porque claro está que en ley de mundo se tiene por infamia herir ó maltratar á un hombre flaco, enfermo, y mucho mas un hombre atado de piés y manos, porque allí ni se muestra esfuerzo ni valentía, pues sin resistencia hace lo que quiere del enemigo; y así, mas gana nombre de cruel y cobarde que de valiente; por lo cual la Iglesia en el himno de la cruz, adorando y llamando dulce á la cruz y á los clavos, cuando llega á la lanza la llama cruel porque hirió al Salvador después de muerto, que es como atado del todo, que no puede hacer resistencia; pues el que hiere ó injuria á un cristiano es desta manera cruel y cobarde, porque el cristiano está atado de piés y de manos, no con sogas ni cordeles, sino con la ley de Jesucristo, que se las ató para no vengarse ni aun defenderse en algunos casos; y por eso se llama ley, porque ata á los hombres, de un verbo latino que quiere decir atar; y por eso se lee del bienaventurado mártir san Cristóbal que, siendo herido de una bofetada, respondió: Si no fuera cristiano no te fueras sin castigo. Donde se pareció la fuerza de la ley de Cristo, pues á un hombre tan grande y tan valiente pudo atar las manos para vengarse de aquella injuria; pues siendo cristiano tambien el ofensor, en la mesma cobardía incurre el ofendido que dél se quiere vengar; porque, aunque él se desató de la ley cuando ofendió á su hermano, pero quizá está ya tornado á reducir, y comunmente es así, y aun siempre, cuando viene las manos atadas pidiendo perdon de su delito. Pues si esto es así, ¿por qué dices que pierdes honra del mundo en perdonar, pues lo cierto es que con el mesmo mundo se pierde con la venganza cuando te vengas de un cristiano, mayormente ya rendido y conocido, pidiendo perdon y rindiendo la espada (que es la voluntad, que fué el primero instrumento de la ofensa) por sí ó por tercera persona?

DISCURSO X.

De lo que en el perdon de las injurias hay de precepto, y lo que es de consejo.

Porque los discursos pasados han dicho y repetido que el no perdonar las injurias pocas veces escapa de pecado mortal; y por otra parte, lo mucho que se gasta en persuadir esta virtud da á entender no haber forzosa obligacion, bien será ver en este lo que es de precepto y lo que es de consejo; no para que solo se haga lo que es forzoso y de obligacion de mandamiento, y se deje lo demás, porque esto es señal de tibio cristiano, querer solo cumplir lo que se manda, sin hacer rostro á mas perfeccion; porque, ¿qué gusto tendrías con un criado que solo te sirviese en lo que le mandases la espada sacada? Así es el cristiano, dispuesto á no hacer cosa que so pena de infierno no le esté mandado; porque aunque para alcanzar la gloria y escapar del infierno basta guardar los mandamientos, pero mal se guardarán ellos solos si no se guardan algunos consejos, que son como unos baluartes, que suelen estar junto á la muralla para que el enemigo no pueda fácilmente llegar á ella. Lo que aquí se pretende es, distinguir lo de obligacion de lo que no lo es, para que el cristiano tenga luz de lo que no puede excusar y de lo que puede, por quitar escri-

pulos de consciencia al que los tiene y poner cuidado al que no los tiene.

Pues sumando la dotrina de santo Tomás, sacada de san Agustin y de los demás doctores que declaran el santo Evangelio, lo primero que todos tienen sin contradicciones, que el amar los enemigos es mandamiento del Evangelio; lo cual coligen de lo que el Señor dice al principio del sermón del monte: Yo os digo de verdad que si no se aventajare vuestra justicia á la de los escribas y fariseos, no podréis entrar en el reino de los cielos; y cuando llega al amor de los enemigos declara esta ventaja, que es, que aunque ellos no los amaban, los habeis de amar; y pues la pena de no amarlos es no entrar en el reino de los cielos, claro está que es mandamiento evangélico, pues por solo el quebrantar alguno de los de Dios se niega la puerta de los cielos. Esto declaran los concilios cartagineses 4.º, capítulo 93, donde se manda á los clérigos que no reciban las ofensas de los enemistados, los cuales están tambien descomulgados en el concilio Agathen., capítulo 22, y es sentencia de muchos santos citados en el derecho, y muchos decretos de sumos pontífices y en el capítulo *Si quis*, 90 dist., manda Fabiano, obispo, que si alguno, viniendo humilde su injuriador á pedir perdon, no perdonare, sea castigado con ásperos ayunos hasta que con alegría reciba la satisfaccion de su hermano. Lo segundo es cierto que no es solo precepto evangélico, sino de ley de naturaleza, y parece ser así, porque contra ella seria una república que por pública ley usase que los hombres amasen á sus amigos, y por autoridad particular persiguiesen á sus enemigos; y por el contrario, se colige que la mesma razon natural manda que se amen todos; la cual tambien manda que no queramos para otros lo que para nosotros aborrecemos; y no hay hombre tan bárbaro, que quiera que sus enemigos se venguen dél. Lo tercero es tambien cierto que fué mandamiento de la ley de Moisen, porque en muchas partes está expreso, unas veces mandando que no se acordasen de las injurias de sus ciudadanos, otras que encaminasen la res de su enemigo si iba perdida; y en los *Proverbios* están las palabras de san Pablo, que si tu enemigo tuviere hambre ó sed, que le des regaladamente de comer y beber. Así que, el ser mandamiento de Dios el amar al enemigo, y lo contrario ofensa suya, todos estos fiadores tiene.

Para declaracion mas particular nota santo Tomás que el amor de los enemigos se puede considerar de tres maneras: una, que en el enemigo se ame su mala obra y intencion y el rancor que nos tiene; y esto no se manda, ni aun se consiente, porque es contrario á la caridad, que ama solo lo bueno y aborrece lo malo, cual es el pecado de tu enemigo, y es natural aborrecer cada cosa á su contrario, y tal es el pecado contra caridad, y este hemos de aborrecer, y no amar, como san Agustin lo enseña, y dice que en este sentido es verdad lo que los antiguos enseñaban: Amarás á tu prójimo y aborrecerás á tu enemigo; esto es, amarás á todo hombre, que es prójimo, y aborrecerás al demonio, tu enemigo; lo cual dice este santo que en un hombre mesmo puedes cumplir, porque en un hombre, si es malo, tienes prójimo que amar y enemigo que aborrecer; porque

en cuanto hombre, es tu prójimo, y en cuanto malo, no solo es tu enemigo, sino tambien lo es de Dios. Ama pues (dice concluyendo) la carne y el alma de tu prójimo que Dios hizo, y aborrece la malicia que, consintiéndolo él, le puso el diablo en el corazón; lo cual si hicieres con ánimo santo y piadoso, haces el oficio del Médico celestial, que ama al enfermo y aborrece la enfermedad. Hasta aquí san Agustín. La segunda manera, se puede considerar la naturaleza de los que nos hacen mal en general, en cuanto son hombres criados para la vida eterna y redimidos por la sangre de Jesucristo; y así considerados, es necesario amarlos so pena de pecado mortal, y esto dice el mandamiento; de manera que cuando se ofrece el enemigo hemos de aborrecer en él el pecado y amar la persona; lo cual dirás que es dificultoso negocio, como las armas de Alejandro, que eran una sierpe con un niño que le salía de la boca, para dar á entender que era hijo de Júpiter, al cual pintaban en figura de sierpe; dijo uno que eran buenas armas para pintar, pero no para matar la sierpe sin matar al niño. Así acá dirás que esta doctrina es buena para pararla, pero no para obralla y matar al pecado, dejando al pecador, que tan enroscado y apretado le tiene aquel rancor; pero bien mirado, no es dificultoso; porque, así como una madre que tiene el niño frenético, á quien ama mucho, de quien con la enfermedad oyen muchas injurias, deshonra por momentos y dale con los platos en la cara, pero la madre no le aborrece por esto ni le desea la muerte, pero aborrece la enfermedad, procurando con diligencias y oraciones quitarla de su hijo; así puedes tú aborrecer la enfermedad de su alma de tu enemigo, y amar como antes la persona; y esto hace Dios, que ama al hombre y aborrece el pecado; y esto hizo Jesucristo, cordero de Dios, que quita los pecados del mundo sin quitar del á los pecadores; así aborrece tú el pecado y deja el pecador. De otra manera se puede considerar este amor del enemigo en particular, que es moverse un hombre con especial amor y deseo para con el enemigo; y esto no es necesario ni aun con la persona, como no lo es movernos así á amar á los que no conocemos; solo será necesario amarlos como á hombres capaces de la bienaventuranza, y nuestros hermanos y semejantes en naturaleza.

Pero, porque aquí no tratamos de amor en este libro, sino de sola paciencia y sufrimiento de trabajos y injurias y agravios, porque no parezca que viene sin propósito lo que está dicho del amor, es necesario advertir que este mandamiento que hemos dicho, como todos los demás afirmativos que mandan hacer alguna obra, traen en el cuerpo otros negativos, así como el de honrar al padre y madre tiene el nunca deshonrallos ni faltarlos en la cortesía ni el sustento, así este del amor de los enemigos incluye el no tratar de vengarse dellos, y por el consiguiente el perdonarles las injurias, que es lo que aquí tratamos; de donde se sigue que siempre corre, y en todas ocasiones, el mandamiento de perdonar y sufrir, sin pensar tomar venganza del enemigo; mayormente que el bienaventurado san Gregorio dice que no es verdadera paciencia cuando no amas al perseguidor: y para persuadir esta verdad dice poco mas abajo que, pues somos templos de Dios vivo, como lo dice

Dios, y que ha de morar en nosotros (¡oh gran dignidad!), es menester ensanchar el corazón, que es Dios muy grande. Pero no dejemos lo necesario, aunque mas menudo, que son las palabras y otras señales de amor, las cuales es necesario para la salvacion mostrarse al enemigo; digo las generales que á los demás hombres se muestran, que es cuando rezas por el pueblo, cuando hablas en conversacion y otras semejantes, no se puede sacar ni exceptar el enemigo, pero bien se le pueden negar sin pecado las caricias particulares, con que se tengan unas y otras en la preparacion del ánimo para cuando fuere necesario mostrarlas, que en algunos casos lo serán, que no ponemos aquí, porque seria nunca acabar y saldriamos del intento de este libro, que no es determinar casos de consciencia, sino ablandar los ánimos de los injuriados (que ellos buscarán, estando así dispuestos, lo que deben hacer), y persuádeles que hagan aun mas de lo que se les manda; solo se dice esto por algunos que se contentan con amar con el corazón, sin querer mostrar el amor con las obras; lo cual es necesario que conforme uno con otro, y en resolucion se evite cualquier escándalo, que ó el enemigo ó los que lo vieren pueden padecer, juzgando con razon que no le tienes verdaderamente perdonado ni estás con él del todo reconciliado.

Pero bien es entender dos ó tres cosas: La primera, que cuando te obliga el perdonar la injuria no se entiende tambien la restitution del daño que el enemigo hizo en tu hacienda ó persona, sino perdonar la culpa, y así puedes cobrar el daño; y asimismo no estás obligado á evitar el castigo de la justicia, antes dicen algunos doctores que es algunas veces mal hecho no corregir el malhechor, y san Agustín lo dice así. Y él mismo dice en el *Inquiridion* que algunas veces es obra de caridad pedir esta justicia porque sea ocasion de emienda. Lo mismo dice el papa Gelasio; pero esto se entiende estando el corazón satisfecho que le has perdonado enteramente, de lo cual pocas veces te puedes fiar, cuya señal es, que no tienes el mismo celo del mismo castigo en otros que no son tus enemigos; luego algo te mueve mas á enmendar al que lo es; pero, satisfecho que no tienes rencor, lo demás es oficio de Dios, perdonar la culpa y ejecutar la pena; pero si con deseo de venganza te huelgas del castigo de la justicia en tu enemigo, pecas mortalmente, porque aun la misma justicia lo peca cuando se huelga del mal del justiciado. Lo segundo, para salir de escrupulo el que, ó por haber sido grande la injuria ó por su natural condicion, se turba en viendo al enemigo ó pensando en él, entienda que esta ley se pone á la voluntad, á la cual se manda que ame ó no aborrezca á su injuriador ó le desee mal; pero, como hay otro apetito rebelde, á quien no todas veces podemos del todo enfrenar, no se manda que este siempre se sosiegue; así como un buen jinete que le mandan ó se obliga á no pasar en una carrera de cierta raya, si en llegando á ella recogió la rienda y hizo las demás diligencias que debia á buen jinete, aunque el caballo, si es desbocado, pase la raya, no se echa culpa al caballero; así es cuando la voluntad está á raya con el mandamiento de Dios, aunque el apetito, desbocado, no obedezca á la rienda y freno de la voluntad. Si quie-

res saber las señales del apetito racional cuando hace el deber, son cuando te pesa de lo que el sensual hace contra el racional, de aborrecer al enemigo y de turbarse cuando le ves, mayormente si trabajas de no aborrecerle ni turbarte.

§. II.

Cuántas veces y cómo se ha de perdonar la injuria.

Muchos hay que, aunque cumplan este mandamiento una y dos veces y mas, pero tantas puede repetir el enemigo la ofensa, que, no solo se cansa el perdonador y se acaba la paciencia, mas de lo perdonado se indigna mas para vengarse con mas cólera y enojo; y por eso será bien tratar brevemente cuántas veces obliga el mandamiento del perdonar injurias, y cuántas perdona y ama la perfeccion del amor al que las hace; á lo cual está respondido por el Señor á san Pedro, que le preguntó cuántas veces perdonaria á su hermano la ofensa hecha contra él, y respondió que setenta veces siete; como san Jerónimo entiende, que montan cuatrocientos y noventa; el cual número, aunque finito, se toma por infinito, como el mismo siete suele tomarse, como lo nota san Agustín en los libros *De civitate*, explicando aquel verso *Septies in die*, etc., con el cual declara el otro de *Septies in die laudem dixi*, que es lo mismo que lo que dice, *Benedicam Dominum in omni tempore, semper laus ejus in ore meo*, etc., y otros muchos lugares; de manera que en buen romance, quiere que todas las veces perdones que fueres ofendido, aunque sean infinitas. Lo cual proveyó el Señor piadosísimo porque tenia delante de los ojos nuestras inclinaciones y mucho hablar, el amor propio, raiz de porfias y de alteraciones; tenia delante la Iglesia, que habia de tener perseguidores y enemigos, y que habia de ser un campo de murmuraciones, injurias, afrentas, tormentos, agravios de los buenos, y que habian de ser entregados á malos jueces y ministros, á heridas, palos, bofetadas, y á la misma muerte injustamente; y que si dejaba algun portillo para vengarse, apenas quedara quien estuviere en paz, pues tan ordinarias habian de ser las ocasiones; por eso, proveyendo á la paz y duracion de la Iglesia, mandó que todas las veces que los suyos fuesen ofendidos perdonasen; que aun con mandar esto así hay tan poca paz entre los cristianos, ¿qué hiciera si dejara licencia para vengarse cada uno á su voluntad? Así se entiende en la cuenta de los que leen, no digo siete veces, sino setenta y siete, porque en el número de siete todo el tiempo es significado, y en el de once suele significarse la transgresion de los mandamientos, porque es el primero número que pasa el de diez, que significa el *decálogo*; y como ninguna transgresion carezca de culpa, esta primera la significa. Pues luego tanto es decir setenta y siete, que se compone de siete y once, como todo el tiempo y todos los pecados y ofensas; de suerte que ningun pecado, injuria, deshonra ni ofensa en ningun tiempo deje de ser perdonada, y por eso lo puso por esas palabras, y por otra razon bien aparente; porque, como parece por san Lucas, cuando relata la genealogia de Cristo se cuentan desde Adán á su venida setenta y siete generaciones; por donde vinieron algunos á entender aquellas palabras de La-

mec, que dijo á sus mujeres que su castigo se habia de tomar á la setenta y siete generacion, que es en Cristo, que pagó por todos los pecados del mundo. Pero volviendo al propósito, decir el Señor que setenta y siete veces, etc., es decir que los cristianos perdonemos todas las injurias que se han hecho después que el mundo se crió hasta que él lo dijo, que se resume este tiempo en setenta y siete generaciones; como quien dice: Así como todas las ofensas hechas contra Dios desde el principio del mundo hasta el fin, sin tasa ni medida las perdona Dios, así habeis vosotros de perdonar todas las vuestras, por muchas y grandes que sean; y así como el Señor cuando vino al mundo y padeció, todas las que halló perdonó, así sus discípulos han de perdonar todas las suyas. San Crisóstomo y todos los santos de cualquier manera entienden número finito por infinito, y la razon está en la mano, porque ninguna ofensa te puede hacer tu enemigo, que juntamente no se haga á Dios; y pues él perdona todas cuantas te hacen, perdónalas tambien tú; porque será cosa si un soldado y el Rey fuesen atravesados con una mesma lanza ó pelota, que perdonando el Rey esta muerte, y rogando y mandando al soldado que perdonase, no quisiese perdonar; y pues con un mismo pecado ofenden á tí y á Dios, y él perdona, y te manda y ruega que perdones, gran locura y desacato seria negar este perdón.

Todavía son los hombres recatones como Faraon, que, aun con todas las plagas del cielo, nunca acababa de dejar salir el pueblo: ya decia que fuese el sacrificio en su tierra, ya que fuesen solos los hombres y quedase lo demás, ya que quedasen los ganados; así anda la dureza del corazón humano regateando: ya perdona de corazón y no de obras, ya de obras y no de corazón, ya una vez y no dos, ya hay quien quiere perdonar todas las veces que le ofendieren, pero que no haya mas conversacion ni comunicacion, que no le pase por su casa, que no le hable, y otras condiciones que hagan acordarse de la ofensa y otros daños. Lo que falta de persuadir, aunque no todas veces sea de precepto, basta ser imitacion de Dios y cosa de contento suyo, y de mas paz entre los reñidos, que cuando la injuria se perdona se olvide tan de veras como si nunca se hubiese atravesado ninguna; quiero decir, que el ofendido vuelva al mismo trato, amistad y familiaridad que primero, olvidando lo pasado, y volviéndole al enemigo todo lo que le habia quitado ó pensaba quitarle, aunque sin pecado lo pueda quitar, porque desta manera perdona Dios, y así lo confiesa y se lo agradece aquel santo Rey: Tú libráste, Señor, mi alma porque no pereciese, y echaste á las espaldas todos mis pecados; sobre lo cual dice san Agustín: Es tan gran médico el celestial, que no deja señal en las heridas que cura, como dejan los cirujanos de la tierra. Y porque veas cuán cierta verdad es esta, mira lo que los teólogos dicen, que, no solo restituye Dios al pecador (que hace penitencia y á quien él perdona) todos los bienes del alma que le habia quitado, pero dale nuevo aumento de gracia mediante la contricion que tuvo y la firme fe y esperanza con que hizo penitencia y confió en Dios; esfuérzale para adelante, dale de su mano un recato grande para lo venidero, un agradecimiento del perdón pasado y otros muchos bie-

nes; lo cual no daña á nadie para atreverse á pecar con codicia destes aumentos, porque el que con este intento pecare, todo lo desmerece, y no sabe cómo saldrá del pecado; solo se dice para descubrir el dechado de que hemos de sacar para hacer nuestros perdones y reconciliaciones; que, pues en ellos hemos de imitar á Dios, que ya que no hagamos mas que antes por el que nos ofendió, á lo menos le restituyamos en todas las cosas que por nuestra amistad antes tenia, pues que Dios lo hace así con sus ofensores. Mandaba Dios antiguamente que el esclavo sirviese seis años á su amo, y que al sétimo se saliese libre, y que en este tiempo se le guardase la ropa que habia traído y se la diesen á la salida del cautiverio. Podíamos decir aquí lo de san Pablo: ¿Por ventura tiene Dios cuidado de los bueyes, ó dícelo por nosotros? Así aquí, ¿qué cuidado tiene Dios de unos zarahuellas viejos del esclavo, y de un sayo roto y un capote viejo de dos faldas, que todo ello valdrá veinte maravedís, para dejallo escrito en tan graves historias y mandado en tan importantes leyes? Pues no nos espantemos que tenga cuidado de esos esclavos y de sus pobres vestidos, pues habia su Hijo de morir por ellos; en el cual no hay siervo ni libre (dice san Pablo). Verdad es que pretendia enseñar y mandar cosas mayores, y esta es la una: que cuando estás, hermano, en pecado mortal eres esclavo del demonio, y aunque andas en hábito de esclavo, pues no le hay mas roto ni feo á los ojos de Dios y de los ángeles, que con asco están mirando tu alma; pero es Dios tan bueno, que la ropa hermosa de la gracia que te quitaron cuando caíste en el pecado, te la tiene él mismo guardada, que es una ropa de oro, ropa de boda, graciosa, hermosa; ropa de hijo de Dios, de cuya vista se alegran los moradores del cielo cuando te la vuelven á poner, porque confies en la misericordia de Dios, que te recibirá y te vestirá de la primera estola cuando, avergonzado de andar de librea del diablo, cayeres en la cuenta y salieres de cautiverio, y te dé un vuelco el corazón. ¡Ah, Señor, pues algun día andaba yo bien vestido en casa de mi padre, y no servia á tan ruin amo y tan tirano como sirvo agora! Estos eran los suspiros del hijo pródigo, hasta que se determinó de volver á su padre y echarse á sus piés, y le mandó traer la estola primera, que era la primera gracia que por su pecado habia perdido.

Lo segundo que quiere Dios en aquella ley, es enseñarte á perdonar tus injurias como él perdona las tuyas, que es que vuelvas toda la gracia y amistad que tenias cuando se apartó de tu amistad cuando vuelve á ella. No es lenguaje de varon evangélico: Yo no le quiero ni le haré mal, pero no quiero que viva en mi pueblo, á lo menos no pase por mi casa ni se me ponga delante ni haya mas comunicacion. No quiero decir lo que voy á decir de mi cabeza, sino las mismas palabras de san Juan Crisóstomo, pues ya dice este santo lo que está escrito: Perdónanos nuestros pecados, así como nosotros perdonamos á nuestros deudores. ¿Quién de nosotros hay que se atreva á decirlo con confianza? Porque, aunque no hagamos mal á nuestros deudores y enemigos, pero guardamos en el corazón una incurable llaga de la ofensa; pero Cristo, no solo quiere que perdonemos á los que nos ofendieron, pero que los ame-

mos y roguemos por ellos; porque si te contentas con no maltratar al que te hirió, si te apartas y huyes dél y no le miras con buena cara, claro está que queda la llaga fresca oculta allá en el corazón; y así si es, no se ha cumplido con lo que Cristo tiene mandado. ¿Por ventura quieres tú que Dios te perdone de manera que no te haga mal, pero que huiga de tí y no se le caigan de la memoria tus pecados? Pues cual tú quieres á Dios cuando le pides misericordia y perdon de tus pecados, tal te has tú de dar al que te pide perdon de tus ofensas. Hasta aquí son á la letra palabras de san Juan Crisóstomo, que me parece que bastan á mover un roble, porque nosotros mismos ponemos á Dios la tasa en su misericordia para nuestro perdon de pecados, diciendo: Señor, perdóname mis pecados así y de la manera que yo perdono á mis deudores. Pues si tú perdonas con esas condiciones, las mismas pides á Dios en tu perdon. Pues ¿quién es tan loco que, haciendo Dios su boca medida, pide que Dios le perdone, de suerte que diga: Yo le perdono la culpa, pero no me ha de ver, no me venga á mis templos, no reciba mis sacramentos ni comulgue ni oiga sermón; no mas pláticas conmigo, ni me pida nada, como si no viviese yo? Esto es lo que le pides, sin saber lo que pides, el día que tú así perdonas. Cuando el Señor sana al mudo y ciego, etc., sacado el demonio, que era figura del pecado, le volvió el oír, la habla y la vista, en figura de que todo lo vuelve como antes; vuélvele tú la vista y la habla, óyele cuando te hablare, que esa es la regla del perdonar perfectamente.

DISCURSO XI.

Recapitulacion de las razones dichas.

Aderezando en este discurso resumir los razones juntas, para que, como en un escuadron, se ayudasen con mas fuerza á dar batería á un corazón obstinado en su venganza, me acordé de una homilía de san Juan Crisóstomo sobre san Mateo, donde trata aquellas palabras que se decian en el acuerdo que los príncipes de los sacerdotes y fariseos hicieron sobre la muerte de Cristo, en que algunos decian que no fuese su muerte en día de fiesta, por temor del alboroto del pueblo; en la cual me quita de trabajo, y parece que la anduvo recogiendo de lo que aquí hemos dicho, y por ser consideraciones tuyas y por autorizar las dichas, me pareció traducilla aquí sin añadir y quitar palabra, confiado de la gran fuerza que el divino espíritu deste santo pondrá en cualquier pecho, por endurecido que le halle; y no quise privar los que nosaben latin ó no tratan este santo de doctrina tan celestial. Dice pues este santo: Considera atentamente el temor que tienen, que no es de Dios, queriendo hacer una tan grande maldad en día tan solemne, sino del tumulto del pueblo; que en lo demás, era tanto su furor, que apenas hubieron hallado el traidor que vendió á Cristo, cuando no vieron la hora de darle la muerte en medio de tan grande solemnidad; los cuales, aunque el Señor, para sus piadosos fines, se aprovechaba de su malicia y dañadas voluntades, no escaparán sin gran castigo, pues le merece gente que á la sazón y el día que por la solemníssima fiesta soltaban los delinquentes y ladrones, quisieron

matar al inocente, de cuyas manos habian recibido inmensos y innumerables beneficios, y á este fin vea que por ellos dejaba los gentiles; pero ¡oh gran misericordia y benignidad de Cristo! que, no contento con lo que hizo en la vida por gente tan ingrata, malvada y proterva, pero después de muerto por sus manos, les envia á sus apóstoles con manifiesto peligro y muerte certísima, haciéndolos embajadores de sus ruegos para salvarlos; pues con tales ejemplos, no digo que muramos por los enemigos, aunque esto tampoco se ha de rehusar; pero porque somos flacos, entre tanto que lo somos, digo que si quiera no tengamos envidia á los amigos; no digo entre tanto hagamos bien á los enemigos, aunque esto tambien deseo, pero porque vais muy poco á poco el camino de la perfeccion, á lo menos apartad el pensamiento y determinacion de vengaros. Veamos, ¿pensais que este negocio es comedia y ficcion de representantes? ¿Por qué haceis guerra á la verdad? No penseis que se escribieron sin propósito, fuera de otras muchas cosas, las que hizo al tiempo de la pasion, que cierto son de tanta fuerza, que pudiera fácilmente vencer su dureza dellos; pero escribense porque tú imites su bondad y sigas su misericordia, porque él los derribó, y aun boca arriba, en tierra, restituyó al siervo la oreja, hablólos con humildad desde la cruz, hizo grandes milagros y maravillas, quitando la luz al sol, quebrantando las piedras, resucitando muertos, asombrando con ensueños á la mujer de su juez y mostrando increíble humildad en el proceso de su causa, y tan grande, que no menos fuerza tenia para atraellos y convertirlos que los milagros, profetizando muchas cosas y pidiendo perdon por ellos á grandes voces: Perdónales, Padre mio, este pecado. Pues después de sepultado, ¿qué bien les dejó de hacer para su salud? Pues después de resucitado, veamos, ¿no llamó luego á los judíos? No los perdonó sus pecados? No les dió otros mil bienes y mercedes? ¿Qué mayor maravilla que admitir por sus hijos por adopcion á los que acababan de ponelle en una cruz? Qué cosa puede ser mayor que este cuidado y providencia piadosa del Señor? Qué hemos de hacer los que esto oimos, sino cubrirnos la cara con un lienzo, de puro avergonzados de vernos tan lejos de lo que nos manda imitar? Cotejemos cuánto nos falta para que de la condenacion de nuestro proprio juicio salga la verdadera y rigurosa penitencia, y para que no ofendamos á aquellos por quien Cristo dió su vida; pero nosotros ni aun reconciliarnos queremos con aquellos por cuya reconciliacion no dudó padecer tan infame y cruel género de muerte. ¿Pareceos que, como soleis decir en la limosna, que es esto gastar gran suma de dinero? Considera cuanto debes, y no solo te ablandarás, pero corriendo irás á buscar los que te ofendieron y los perdonarás liberal y alegremente, porque por ahí se te abra puerta á ser tú perdonado. Los gentiles hacian esto con facilidad, sin esperar por eso lo que tú esperas, y tú, esperándolo, te entorpeces; y lo que poco después el tiempo ha de acabar contigo, ¿por qué no lo acabará luego la ley? Sino que quieres esperar á que esta turbacion de tu alma se acabe sin que te lo agradezcan y galardonen, pues con gran premio la podrias tú dejar luego, mayormente estando ciertos que si se

acaba con el tiempo te espera gran castigo por haber obrado en tí el tiempo lo que el mandamiento de Dios no pudo obrar. Si dices que te abrasas cuando se te acuerda de la injuria que te hicieron, acuérdate si el que te la hizo te ha hecho algun tiempo algun bien, y el mal y agravio que tú á otros has hecho; pues ¿cómo quieres tú alcanzar el perdon que tú nunca has querido dar á tu hermano? Dirás que nunca hiciste á nadie ni dijiste mal, á lo menos oístele de buena gana al que lo decia, lo cual no puede ser sin culpa. ¿Quieres saber cuán gran bien sea olvidar injurias y cuánto contento dé á tu Dios? Que á los que se huelgan del mal de otros, aunque con razon y justicia lo padezcan, no se le van con ella, antes los castiga; porque, aunque deban aquello que padecen, no quiere que nadie se huelgue dello. De aquí es lo del Profeta, que, después de haber reprehendido muchas cosas y amenazado, dice: Y no les dolia nada de la afliccion de Josef; y en esto dice: Nosalió nadie de su casa á llorar la casa de su vecino; de manera que, así como aunque Josef (esto es, aquella tribu que venia de Josef) y sus vecinos fuesen castigados por justa sentencia de Dios, pero aun destes quiere que nos adolezcamos; porque, si nosotros, siendo malos y sin piedad, cuando castigamos á un siervo y uno de los otros se rie nos enojamos, volviendo la ira contra el que se rió, ¿cuánto mas castigará Dios á los que de sus castigos toman contento? Pues si no te has de alegrar, sino dolerte, de los que Dios castiga, mucho mas de los que te ofendieron, pues esto es señal de caridad, que Dios mas estima que todo el resto; porque, así como los colores son mas preciosos con que están esmaltadas las salas de los reyes y emperadores, así son las virtudes en que Dios se deleita, pues ninguna cosa así encierra en sí la caridad y la conserva como el olvido de las ofensas que te hicieron. Dirás que cuida Dios de tí que perdones, y no cura del que te ofendió; dime, ¿no sabes que envia al injuriador al ofendido? Antes le quita del altar, y después de hecha la reconciliacion le torna á convidar á su mesa; pero no le aguardes tú á que venga, que lo perderás todo, que por eso te convidan con galardón infame, porque tú le ganes por la mano; porque, si rogándote él te reconcilia, ya le dejaste á él la corona, pues no lo ganó la ley de Dios, sino su diligencia del otro. Pues ¿qué resta? ¿No temes tener á un hombre por enemigo? No nos basta el demonio por enemigo, sin hacer nuevos adversarios de nuestro linaje? Pluguiera á Dios que ni nos hiciera él guerra ni se hubiera hecho diablo; el caso es que, como locos, no entendemos el gusto que encierra en sí el perdonar, que con las enemistades no podemos alcanzallo; pero cuánto mas suave cosa sea amar al que te ofende que aborrelle y perseguille, después de acabado el enojo lo entenderás, porque imitamos á los furiosos, que se muerden sus propias carnes y se enojan contra sí mismos. Mira cómo en la ley vieja se sentia desto, cuánto cuidado se tenia dello. Los caminos de los que tienen memoria de los males van derechos á la muerte. El hombre guarda á otro su enojo, y por otra parte pide á Dios misericordia. Pues esto se decia en una ley, que daba licencia de sacar ojo por ojo y diente por diente; pues ¿cómo lo reprehende y lo afea? Porque aquella licencia no se dió